

"MI MADRE, LA IGLESIA, ME HA ABANDONADO" Aspectos espirituales del abuso y su negación

Más allá de las consecuencias psicológicas y disciplinarias de los casos de abuso sexual de menores por sacerdotes, es indispensable considerar la dimensión espiritual y teológica de estas situaciones.

“Ma mère, l'Église, m'a abandonné”, texto traducido por el P. Jacques Weisshaupt, jesuita, y adaptado por la redacción de *Christus*, n.254. Artículo original en la revista *Geist und Leben*, n° 89, abril 2017, pags. 161-175

En un encuentro con el papa Francisco, una víctima expresaba su angustia y tristeza: “Jesús tuvo su madre a su lado en su Pasión y muerte. Mi madre, la Iglesia, me ha dejado solo” Esta frase revela el horror de los abusos sexuales a menores, y lo que la Iglesia y sus responsables tienen que cambiar. La dimensión espiritual y religiosa entran aquí en juego. Cuando el que abusa es un sacerdote, que por su función representa a Dios y de quien la teología dice que es *otro* Cristo, la imagen de Dios cae en la oscuridad. La misma capacidad de creer en Dios, de confiar en Él, queda dañada.

Además, cuando las víctimas quieren hablar, no es raro que sean incomprendidas y que se las haga callar. Esto aumenta el riesgo de un trauma espiritual, “al lado” de la herida psíquica y corporal. Son muchos en la Iglesia, incluso en personas con responsabilidad, los que no toman las medidas necesarias.

Los que, por profesión, anuncian el Evangelio deben cuidar las experiencias que pueden afectar e hipotecar el alma del ser humano en su fe. Esto explica por qué obispos y provinciales religiosos reaccionan más bien en términos de política eclesial y de derecho canónico, en lugar de términos espirituales o teológicos. No es de extrañar que las víctimas vean a la Iglesia no como “madre amorosa” (es así como comienza el *motu proprio* del papa Francisco en el que explica a los obispos y provinciales su responsabilidad) sino como una institución fría y calculadora.

Jesús llama a hacer la verdad

Enfrentarse al problema del abuso sexual a menores por parte de sacerdotes es abrumador, desgarrador. Se trata de abuso sexual y de violencia, de abuso de con-

fianza, de vidas destruidas, de hipocresía, y todo esto en el seno de la Iglesia. Enfrentarse a estos problemas toca el corazón de la persona y de la institución. Antes que la psicología moderna, el mismo Jesús y muchos maestros espirituales han mostrado las consecuencias del rechazo: quien no se enfrenta a su propio rostro oscuro, tarde o temprano, se verá atrapado de la manera más violenta.

En todas partes del mundo hay abusos sexuales a menores. El argumento de que es un problema único de la iglesia occidental es completamente falso. Este argumento permite no afrontar de cara los factores que, en la vida de la Iglesia, favorecen los abusos o dificultan descubrirlos. Al estudiar esta cuestión se constata que, si la Iglesia católica es una comunidad mundial de fe, múltiple y compleja, presenta, en la práctica cotidiana, grandes semejanzas en un lugar u otro. Por todas partes los sacerdotes y los obispos son identificados con lo que pasa en la Iglesia. Se les ve como los representantes de Cristo y de su Iglesia – y así es la comprensión teológica que tienen de sí mismos. Por esto, cada abuso cometido por un sacerdote recae sobre la Iglesia en su conjunto.

Formar y acompañar la madurez humana

En estos abusos, uno no puede identificar solo lo que es propio del

sacerdote católico como tal (el papel sacerdotal en sí mismo, su función mediadora y su poder espiritual y efectivo). Pues todo esto existe, más o menos, también en los dignatarios religiosos del islam, en el budismo, hinduismo y judaísmo o las religiones naturales. La obligación al celibato no es característica únicamente de la Iglesia católica de rito latino, ya que también existe en otras religiones y sus subdivisiones.

La integración de la propia sexualidad representa un desafío permanente para cada individuo. Muchos sacerdotes se comprometen a vivir el celibato sin tener un suficiente acompañamiento humano y espiritual. Este supondría un serio procedimiento de admisión, pasando por un sistema de unidades de formación, con un acompañamiento profesional y espiritual que continuaría después de la ordenación. Los sacerdotes hoy no están formados para vivir e integrar de una manera sana sus necesidades sexuales, emocionales y de relación. A pesar de las directrices claras para la formación de los sacerdotes, la madurez humana tiene un rol subordinado en la formación de los futuros religiosos y sacerdotes. Cuando se piensa que la mayoría de las crisis de vocaciones tienen su origen en un enamoramiento y en descubrir el deseo de vivir en pareja y en familia, uno se sorprende que los responsables de la formación no hayan invertido más energía y tiempo ahí donde la necesidad pa-

rece más manifiesta. En la psicología que trata de nuestras profundidades, se hablaría de mecanismo de defensa y negación de las pulsiones vitales. Espiritualmente lo llamaríamos acedia, dejadez y pereza. Este rechazo por parte de los responsables a tomarse seriamente las experiencias espirituales y los procesos humanos repercute directa e indirectamente sobre los que están en formación.

El peligro es que el deseo sexual rechazado —así como otras necesidades rechazadas— “se exteriorizan” en una resistencia activa o pasiva a todo lo referente a esta cuestión. Ésta debería ser afrontada, particularmente allí donde se puede esperar la resistencia más débil —con los niños y los jóvenes—.

Cuando se idealiza al sacerdote

La manera de entender y vivir el sacerdocio en la Iglesia católica contribuye significativamente al problema. Todavía hoy se les llega a considerar como enviados de Dios a los que ha tocado en suerte autoridad y plenos poderes de gestión, derivados más o menos directamente de Dios. Esta imagen del sacerdote, que pone en primer plano el elemento sagrado y cultural, puede contribuir a idealizarlo y a guardar una respetuosa distancia que hace difícil o imposible criticarlo, e incluso prohíbe la simple idea de que pueda cometer el mal.

Esto explica lo que parece incomprendible. Las víctimas evocan con frecuencia hasta qué punto se sentían ellas, y no el sacerdote, malas y sucias, cuando se producía un contacto sexual. Otras sentían que la atención afectiva del sacerdote las valoraba, que las “levantaba al nivel sacerdotal”. Cuando se busca contestar a la pregunta porqué tantas personas implicadas fueron incapaces durante años, de evocar el abuso sufrido, uno de los elementos es el conflicto de conciencia: el dilema entre lo que puede sentir la víctima de un acto de violencia y el peso de atribuir este horror a un sacerdote. Muchas de las víctimas de violencia sexual por parte de sacerdotes les eran próximas (monaguillos, jefes de movimientos de juventud o residentes de un internado). Personas que, con frecuencia, estaban llenas de una confianza que era inmediatamente abusada y destruida.

Un joven candidato al sacerdocio, que ha aprendido que un sacerdote es intocable, puede persuadirse fácilmente que éste no tiene que justificarse ante nadie. Quien está dotado de un poder sagrado puede permitírsele todo. Esta disposición de espíritu puede explicar por qué los sacerdotes que han abusado de niños o de jóvenes, están en la total negación o se consideran solo cómplices (“él/ella me sedujo” o “esto le gustó”). Esto con frecuencia les impide reconocer el sufrimiento del que son causa.

Incluso algunos candidatos al

sacerdocio consideran su situación como un oficio tradicional: “después de la oficina” hacen cosas “en privado” que son incompatibles con una vida sacerdotal. Desean los privilegios correspondientes a la función, pero no están dispuestos a pagar el precio del que habla el Evangelio: pobreza, castidad, obediencia y, en general, perder su vida por la causa de Jesús.

Espíritu de fortaleza

Otro elemento que propicia los abusos e impide descubrirlos es la actitud que llamamos “espíritu de fortaleza”. Esto es, lo queremos arreglar todo “entre nosotros”, excluyendo toda publicidad por temor a la reputación y, por consiguiente, olvidando el sufrimiento de las víctimas. De todas formas, tarde o temprano, los hechos serán conocidos y es mejor, para ser creíbles, tomar la delantera, admitir los errores y presentar sinceramente las disculpas.

Otro factor es la interpretación unilateral de la responsabilidad que une al obispo con sus sacerdotes. No se tiene en cuenta que el “cuidado paternal” no debe comportar solo el perdón y la misericordia, sino también el justo castigo. Esto revela el espíritu de cuerpo con el que los obispos piensan en proteger a los “suyos”, y no al bien de los débiles y necesitados. También muchos de los que abusan tienen gran habilidad para manipular a sus superiores y que

estos crean (¡de buena gana!) las promesas que les hacen de que “esto no se repetirá”. Ésta es una misericordia mal comprendida. Con esta lógica no se recurre a una ayuda exterior, sino que se cree que los medios ‘de casa’ serán suficientes para encontrar la solución. Se encierran en su propia fortaleza y no ven que es precisamente en los sistemas cerrados, como en ámbitos específicamente católicos, donde ha habido abusos con una frecuencia y duración espantosa.

Esto también se aplica a ciertas congregaciones y comunidades espirituales que surgieron antes o justo después del Concilio y que, durante muchos años, han sido una fuente de esperanza para la Iglesia (y no solo por el número relativamente alto “afiliaciones”). Sin embargo, ha quedado claro en los últimos años que formas graves de abuso se han producido en muchos de estos grupos. Grupos que, con frecuencia, muestran una posición eclesial explícitamente conservadora con formas de liturgia y teología que son pretendidamente tradicionales. No se trata siempre de abusos sexuales a menores, sino de abusos a personas que requieren protección, como novicios o estudiantes. Apoyándose en el voto de obediencia y en una práctica religiosa estricta, se han creado situaciones de extrema dependencia en la que se sancionaba toda forma de crítica. No se respetaban las reglas clásicas de la tradición espiritual como la separación del fuero interno y el externo, por no hablar

del abuso del sacramento de la penitencia (tanto la violación del secreto de confesión como la absolución del cómplice).

En este contexto, se podría dedicar un capítulo especial a la personalidad de fundadores. Algunos fueron excluidos y sancionados con penas eclesiásticas, incluso hasta el punto de la excomunión. Durante decenios, han podido gobernar ciertas personas y obras, y nadie se arriesgaba a cuestionar su poder absoluto y sus actitudes reclamantes. Como no había ninguna instancia de control, podían hacer todo lo que querían. No todos han sido o son sacerdotes, lo que nos remite de nuevo a una problemática subyacente: siempre que un medio (eclesial) se encierra sobre sí mismo y condena toda confrontación, el riesgo de abuso aumenta exponencialmente.

Las estructuras de dirección engañosas y los procedimientos jerárquicos desencaminados e incomprensibles favorecen la posibilidad de abusar del otro. Es sorprendente la cantidad de problemas no resueltos que se manifiestan en los casos de abuso. Entre varios ejemplos, está la responsabilidad de obispos o de provinciales a propósito de delitos de sacerdotes, así como la negligencia en su deber de autoridad. No hay que privilegiar ni la “fortaleza” ni la “página en blanco” desorganizada. Autoridad y dirección son indispensables ahí donde se trata de proteger vidas humanas. El poder que conllevan necesita un

control exterior y una actitud interior que dan su sentido más evangélico: “El más grande entre vosotros será vuestro servidor.”

En Iglesia, abrírnos a la gracia de la conversión

En una sociedad donde la credibilidad es uno de los valores más altos, la crisis de los abusos nos enfrenta a cuestiones decisivas ¿Estamos dispuestos a repensar nuestra manera de ser Iglesia? Mientras ignoramos la injusticia y el mal que se ha producido, mientras pensemos que, pasados los escándalos, podremos de nuevo dedicarnos a las “verdaderas” tareas pastorales, mantenemos nuestra mirada sobre nosotros mismos y tanto nuestra energía como la creatividad apostólica están bloqueadas. El papa Benedicto XVI, que tomó medidas contra los abusadores, ha puesto con su dimisión un signo remarcable sobre la manera de vivir el poder en Iglesia. El papa Francisco no se cansa de denunciar las enfermedades del clericalismo, del hacer carrera y del estilo de vida confortable. Y no se cansa de predicar la conversión a la simplicidad e inmediatez del Evangelio.

No es fácil mirar de frente a la verdad desnuda. Requiere coraje y voluntad, por dolorosa que sea la realidad. En tiempos difíciles, los cristianos deben también confiar en Dios más que en ellos mismos. En semejante situación, el que abre

los ojos, la inteligencia y el corazón, no puede dejar de reconocer dónde él mismo y los demás se encuentran. Se abre a la gracia de la conversión y del perdón prometido a todos los que reconocen sinceramente su fracaso y su culpabilidad. Esto implica también exponerse a la vergüenza, al desánimo, a la duda y a la desconfianza insostenible. Pero el que puede aceptar esto en la fe en Cristo Jesús, y encuentra apoyo en la comunidad creyente, recibirá la ayuda del Espíritu Santo.

Esta actitud abre el espacio en el que los bajos fondos humanos y la desolación espiritual (como lo expresaría Ignacio) han penetrado. Con la ayuda de la gracia, las víctimas pueden ser aliviadas e incluso sanadas. También puede suceder, después de inmensos sufrimientos, llegar al límite de la desesperación y el suicidio. Después de años de depresión y sufrimiento, mujeres y hombres encuentran un acceso a la fuente de la esperanza y de la vida. Estos que

han vivido, por decirlo así, el infierno, son testimonios creíbles del poder de salvación de Jesucristo. Entre los testimonios de lo que han vivido, muchos han declarado más tarde que esto les había revelado de una manera nueva el sentido de la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. Permaneciendo mudos ante el testimonio de víctimas, la Iglesia no hace más que herir de nuevo los que han sufrido por las faltas de sus representantes. Ella se priva también de la purificación que le proporcionaría el reconocimiento de su culpabilidad.

Si Dios tiene algo que decirnos con estos escándalos, es esto: hay que situarse en la realidad, tomar conciencia del sufrimiento de las víctimas y de nuestra complicidad con el poder del mal. Nadie puede vencer totalmente el mal, pero se puede hacer mucho para disminuir el riesgo de agresiones. Una madre amorosa lo haría todo para proteger su hijo o su hija de la desgracia, y para no abandonarlos.

Tradujo y condensó: Carles Portabella